la posibilidad de que sus lectores se aproximen hacia otra prensa más convencional: que conviva mejor con el Ministerio de Información y Turismo que es, a fin de cuentas, con quien deben vivir periódicos y periodistas.

PAPA FORD VIENE EN TREN

A la entrada de Almusaes, un encantador de serpientes con turbante multicolor, clama entre empujones: «Ford-fabuloso-fábrica-futuro-fus-eixe ». Se sirven pael- llas con pescado que sabe a brasa. Los mozos establecen alegres competiciones de resistencia al zumbido de parranda: este se bebe la exportación imposible al Benelux, el de más allá la exportación imposible a la casa de campo de Olof Palme. Todo es una fiesta.

Y el tren llega puntual. Es duro, que el amor, con su dulzor valiente, produzca más color que el chacahue del tren.

Porque la Renfe y España nos sorprende, señor, caballero de gris, papá Ford. Donde no hay un tren, se pone. Y a otra cosa, que el tiempo brillante nos aguinda en el interior de la caverna.

Ocurría que Ford no tenía un tren a la puerta. Sólo eso le faltaba en Almusaes. La Renfe movilizó unos milines, unos señores que cavan y todo cuanto es necesario para poner un tren. Luego, instalo la vía. Más tarde, envió a unos representantes representativos, y la línea quedó inaugurada.

«En la construcción de este ramal, que en el año próximo tendrá un movimiento de 81 vagones diarios, para transportar los 80.000 automóviles producidos en la factoría, han sido invertidos 45 millones de pesetas, financiados mayoritariamente por la Diputación Provincial de Valencia». Y al que no le gustó, que le de un calambre.

Sólo la más neada maledicencia puede pensar que la Diputación de Valencia tiene problemas más serios que atender, como la construcción para la próxima crema de un nítilo asqueroso que representa a la injerencia extranjera, o la adquisición de nuevos tappetes-colgadores con flores. Porque si Ford va a Valencia, y no tiene tren, y quiere tren, hay que ponerlo.

El Presidente de Ford España, señor Boada, fue presidente del INI, lo cual quiere decir que es un hombre instruido. Y si él ha pedido un tren para el señor Ford, sus razones tendrán.

El tren de Ford debe ir a que se inaugure una línea regular entre la casa de señor Ford y algún restaurante de marisco que sea bueno y pille gente de fábrica.

¿Qué alegría, qué alegría, ver crecer la economía. RECOLETO.

LECCION DE ZOOLOGÍA

CUANDO no puede hablarse de nada, uno vuelve a hablar de los animales. Nada tan reconstituyente como una visita a nuestros pacientes pobres y felices, cuya envidiable existencia no tiene más que un sonoro amenaza: nosotros. Además de reconstituyentes, los billetes son también muy educativos. Desde tiempos immemoriales se les utiliza como metáfora con patas y rabo, transformando sus humildes vi- das sin designio en petulante ilustración de las virtudes que nos faltan o de los vicios que nos sobran. Y así, todos los niños tienen que cogerle mansa a la astuciosa de la hormiguilla aborrificante, y de paso, enterarse de que la acumulación de bienes es insolidaria, lo que con su ejemplo de virtud es un desastre, pero como primera lección política no tiene desperdicio. Y el gorro astuto, y el cuerpo vanidoso, y el león noble, y el burro burro, y el águila altanera, y qué se yo cuentas chorreadas más con las que se abruma a las pobres bestezuelas (¡y no hay que olvidar que no tienen culpa de que los hombres sean paranoicos peligrosos y de que nos guste proyectar sobre toda lo vivien- te el estruendo y furor del cuento idiota que protagonizamos. Pero de algo hay que escribir y cuando las cosas se pongan del color que los mexi- canos, con perdón, llaman de las hormigas, es hora de echar mano de la zoológica para adobar cualquier faulubilla que se le ocurra a uno. De modo que dicen y hacen.

En Noruega, allá en el lejano y corrompido Norte de Europa, hay unos pequeños roedores que se llaman «lemmings». Y, fíjense por dónde, a los lemmings les da periódicamente una vertida la mar de rara. Se redondea en una asociación enorme, de mucho más de veinticinco mil miembros, y ni cortos ni perezosos se arrojan to- dos al primer fango que les vienen a mano, lo que daña de algún modo a la temperatura de aquellas aguas desvegetadas que no conocen la caricia del incomparable sol de España. Y se ponen a nadar, nada que te nadas.